

Antonio Carvajal: claves de una poética, compromiso de un poeta

JOSÉ ANTONIO RUIZ REINA

En la tradición literaria española, la jerarquía no es una cuestión caprichosa ni un reparto arbitrario de elogios: se establece por la permanencia, por la densidad estética y por la capacidad de dialogar con el pasado sin dejar de interpelar al presente. Plantear qué tipo de poeta es Antonio Carvajal implica, en primer lugar, situarlo en ese mapa exigente. No se trata de una figura lateral ni de un mero representante generacional, sino de una voz que, por la coherencia de su obra y la altura de su ambición formal, ocupa un lugar de relieve en la tradición que va de los clásicos áureos a la lírica contemporánea.

La crítica más atenta lo ha señalado con claridad. Manuel Ángel Vázquez Medel ha subrayado la singularidad de su proyecto poético; Domínguez Caparrós, José Enrique Martínez, Miguel Ángel Márquez y Moreno Pedrosa han estudiado la arquitectura métrica que sostiene su escritura; Antonio Chicharro, Antonio Sánchez Trigueros, José Manuel Ruiz Martínez y Miguel Ángel García han destacado su conciencia histórica y su inserción en la tradición; y Andrés Amorós ha llegado a un gesto simbólicamente decisivo: incluir un poema de Carvajal entre los cincuenta mejores de la lengua castellana, en una antología cuyo arco temporal se abre con el Arcipreste de Hita y se cierra, significativamente, con el propio Carvajal. No es un gesto menor: supone reconocerle como culminación de una larga continuidad.

Y, sin embargo, Antonio Carvajal no es un poeta masivamente conocido. Persiste en torno a su nombre una prevención ligada a la presunta dificultad de su obra. Se habla de su rigor formal, de su exigencia métrica, de su densidad cultural, como si esos rasgos fueran barreras infranqueables. Nada más lejos de la realidad. Su obra es amplia y sostenida, y en ella el manejo exquisito del lenguaje funciona como factor común; pero exquisitez no equivale a hermetismo. Carvajal exige atención, no iniciación esotérica. Quien se acerca sin prejuicios descubre una poesía intensamente comunicativa, atravesada por la emo-

ción, la memoria y la conciencia crítica.

Porque la calidad formal, en su caso, no le resta un ápice de compromiso social y político. Al contrario, lo potencia. En libros como *Siesta en el mirador* o *Serenata y navaja*, la música del verso no es un ornamento sino un instrumento de precisión. Cuando alude al caso Caparrós –el joven asesinado durante los primeros años de la Transición–, la indignación no se expresa mediante el grito desordenado, sino mediante una arquitectura rítmica que intensifica el sentido. La forma se convierte así en ética: la exactitud del verso es una manera de respeto ante la historia.

Entre sus libros decisivos figuran *Tigres en el jardín*, *Serenata y navaja*, *Testimonio de invierno*, *Del viento en los jazmines*, *Miradas sobre el agua*, *Un girasol flotante* y *Con alcances de humuvia*. En ellos se percibe una coherencia interna poco frecuente: cada volumen dialoga con los anteriores y amplía un territorio ya conquistado. No hay bruscos virajes oportunistas ni concesiones a modas pasajeras; hay una evolución orgánica, sostenida por una conciencia clara de lo que significa escribir poesía en español después de Garcilaso, de Góngora, de Juan Ramón.

En este contexto, la cuestión de los premios literarios adquiere una dimensión distinta. Frente a quienes minimizan su valor o los reducen a estrategias de mercado, conviene recordar que, cuando están bien otorgados, funcionan como reconocimiento público de una excelencia objetiva. Manuel Ángel Vázquez Medel ha reclamado para Carvajal el Premio Cervantes. La petición no responde a un afán corporativo ni a una campaña coyuntural, sino a la constatación de una obra sólida, extensa y técnicamente magistral. Invisibilizarla bajo el argumento de una supuesta dificultad favorece, a menudo, que la atención se desplace hacia autores de menor exigencia y menor mérito.

Si hay un rasgo que define con nitidez a Antonio Carvajal es su condición de maestro del ritmo. Los estudios sobre *Siesta en el mirador* y *Serenata y navaja* han mostrado la minuciosa disposición acentual de

sus versos, la alternancia calculada de patrones y la relación entre estructura métrica y sentido. En *Serenata y navaja*, los cambios de flujo rítmico –la confrontación entre cláusulas ascendentes y descendentes– intensifican los momentos de mayor carga emocional. No se trata de virtuosismo vacío, sino de una técnica al servicio del significado: el ritmo subraya la pregunta, la afirmación, la queja o el deseo.

Volvemos, así, a la pregunta inicial. ¿Qué tipo de poeta es Antonio Carvajal? Es, ante todo, un poeta de la tradición viva: alguien que conoce la herencia métrica española y que la reactiva vivificándola y enriqueciéndola; un autor cuya excelencia formal no lo aparta del compromiso histórico; un creador que solicita al lector la misma atención que él pone en cada sílaba. En tiempos de simplificación y ruido, su obra representa una defensa serena de la alta poesía. Y quizá ahí resida la respuesta más sobria y más impactante: Antonio Carvajal es un poeta mayor de nuestra literatura de todos los tiempos, aunque todavía no todos lo sepan.